

Dictadura, Izquierda y Democracia en Uruguay Transformación discursiva de la izquierda uruguaya pos dictadura.

*José Stagnaro Bonilla*¹

Resumen

El análisis parte de la diferencia que exhiben los discursos de la izquierda uruguaya, sobre todo en relación al concepto de “democracia”, antes y después del golpe de Estado de 1973. Indaga en las causas de dicha transformación entendida como “mutación”, término que refuerza su discontinuidad, la no consecuencia lógica o dialógica entre una enunciación y la otra. Apela al análisis del discurso –tal como lo proponen Ernesto Laclau y Chantall Mouffe- para registrar el surgimiento de la nueva agencia “renovadora” dentro de la izquierda en Uruguay que finalmente se consolida en la década de los 90 con la formación del “Encuentro Progresista”. El trabajo ubica las causas de tal cambio en los efectos de la dictadura, en el auge del neoliberalismo a nivel global, en la fuerte incidencia de la derecha uruguaya y en la imposibilidad que tuvo la “vieja izquierda”, desde la década del 80 en adelante, de articular su propia voz. Desde 1985 se impone, por contraste con el pasado reciente, un discurso único que la izquierda -no sin contradicciones- asumirá como propio. Dicho discurso tiende a totalizar la política en la administración del Estado y a ser fuertemente apologético de la democracia representativa.

Palabras clave: izquierda, discurso, democracia, Uruguay.

Abstract

This analysis starts with the difference exhibit by discourses of the Uruguayan Left before and after 1973 coup d'état, especially on the “Democracy” concept. It is an

Recibido: 05.04.16

Aceptado: 10.02.17

¹ *Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Maestría en Ciencias Humanas, Opción Filosofía Contemporánea. Mail: jstagnaro@vera.com.uy*

inquiry into the causes of such transformation understood as “mutation”, a word that reinforces its discontinuity and the lack of logical or dialogical consequence between one enunciation and the other. Appeals to the discourse analysis –as proposed by Ernesto Laclau and Chantal Mouffe – to register the emergence of a new “renovated” agency inside the Uruguayan Left, which finally consolidates in the ´90s as the “Encuentro Progresista” (Progressive Meeting) This work identify as causes of such change: the effects of the dictatorship, the rise of global neoliberalism, the strong incidence of the Uruguayan Right and the inability of the “old Left” to articulate its own voice from 1980 onward. Since 1985 is imposed, by contrast with the recent past, a single discourse that the Left –not without contradictions- will assume as its own. This discourse focuses politics just as the State administration and is strongly apologetic of representative democracy.

Key words: Left, Discourse, Democracy, Uruguay.

I) Presentación y propósito

Este trabajo intentará explicar las transformaciones políticas de la izquierda uruguaya, en el período pos dictadura, poniendo énfasis en las diferentes perspectivas que adquiere el concepto de “democracia”, participe tanto en articulaciones discursivas e ideológicas, como en la búsqueda positiva de adhesión política o electoral. El interés es también fundamentar que ciertos cambios importantes en las formulaciones de la izquierda uruguaya, que explicarían la adaptación a la “democracia representativa” y su ascenso posterior de los años 90, son –en gran medida- consecuencia del período dictatorial. En primer lugar, el trabajo fundamentará, de la mano de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, la importancia del análisis de los discursos, en el entendido de que todo antagonismo político se estructura discursivamente. Para explicar las transformaciones mencionadas, se comenzará presentando un panorama de la izquierda uruguaya más activa de los sesenta y setenta. Se postulará que las palabras “socialismo” y “revolución” son clave para entender sus dichos y sus prácticas incrustadas en las luchas obreras y estudiantiles del momento. Sus tendencias, tanto en la resistencia al autoritarismo de la derecha y el gobierno, como en la puja por vanguardizar un proceso histórico que visualizaban en aceleración pre-revolucionaria hacia el socialismo, intentaron redefinir la democracia de forma no sustantiva, sino en relación a los caminos para la conquista del poder y el cambio de las estructuras económicas. Tal

búsqueda contrasta con el actual sentido hegemónico de la democracia, aceptado por igual tanto por los partidos tradicionales como por el Frente Amplio.

El trabajo incluye una crítica acerca de la naturalidad con que pudo describirse el éxito de la izquierda llegando al gobierno bajo el lema *Frente Amplio- Encuentro Progresista- Nueva Mayoría* , para retrotraerse a la época inmediatamente anterior, a la salida de la dictadura. En este punto se tomarán algunos conceptos en torno a la conformación de un discurso político único que contiene tanto a la derecha como a la izquierda política actuales.

Algo acerca del propósito de este trabajo. Buena parte de la historiografía moderna cuestiona “los hechos” como si fueran evidentes para todos por igual. Por esa vía, adjudica un papel político al historiador, obligado a reconstruir, ordenar o seleccionar elementos según nuevos puntos de vista. Para no caer en el escepticismo epistémico (“todo vale”) y a la vez, habilitar diversos puntos de vista legítimos de acuerdo a perspectivas diferentes, el historiador debe reflexionar previamente (y hacer explícito, si ello fuera necesario) sus propios puntos de partida (que siempre los hay). Por otro lado, los hechos, los documentos, la memoria, se conviertan en monumentos o no, porfiadamente marcan los límites de toda interpretación y hacen que la historia quede irremediabilmente unida a la investigación empírica. El historiador, entonces, está obligado a negociar ambas cosas. Se transformará en un agente político cuando su discurso contribuya a crear alguna nueva forma de realidad, toda vez que su pensamiento deje de ser reflejo o continuidad de lo dado o lo dicho, cuestión que le demandará también desenterrar hechos antes no observados y demostrar que existieron. De igual manera, más allá de oficios y roles sociales, los agentes políticos suelen proponer una nueva selección u orden causal o temporal de los acontecimientos para justificar una forma particular y presente de intervención en ellos, y por esa vía se transforman en activos historiadores.

Para ser consecuente con lo anterior diré que la perspectiva de este trabajo, a medio camino entre lo histórico y lo político, intenta ser crítica acerca de los orígenes de la aceptación en la izquierda uruguaya pos dictadura de la “democracia representativa” y su forma de ser compartida con la derecha. Intenta una reflexión para promover un renovado interés por la lucha anticapitalista que caracterizó a la vieja izquierda. A su vez, quiere hacerlo porque intuye que, despojando la profunda crítica “anti-sistema” de la izquierda de los sesenta y setenta de su autoexigencia de vanguardizar a “las masas” en un proceso de aceleración histórica, ella se une más amablemente con otras luchas, antes no tomadas por la izquierda y ahora caracterizadas por “la nueva agenda de derechos”. De conjunto, los desafíos de la izquierda del siglo XXI conforman un panorama bastante más complejo, difícilmente solucionable por la sola vía de la “toma del poder” y exige –bastante más que historias de héroes y guerras- una mayor participación ciudadana cotidiana (¿verdaderamente democrática?). En síntesis, el propósito –aunque no se desarrolle aquí adecuadamente- es el de restablecer, en un sentido amplio, algunos mojones que propuso la izquierda pre dictadura en su rechazo al capitalismo y proyectarlos a un presente que acrecentó las razones para hacerlo. Comenzar esa tarea –a nivel de la experiencia política de los uruguayos- exige colaborar en una crítica a la genealogía de la izquierda pos dictadura hoy dominante.

II) El socialismo, la revolución y la democracia.

De acuerdo a la tradición gramsciana que siguen Laclau y Mouffe, hablar de política es hablar de antagonismo y lucha por una hegemonía que “*supone la construcción de la propia identidad de los agentes sociales*”².

Este concepto es sumamente importante en la medida que la izquierda – en buena medida marxista- de los sesenta y setenta creía en una esencia preexistente a toda reflexión política, en el carácter objetivo de las clases y

² Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista, Argentina*, FCE, 2011, p.90

lucha de clases: la infraestructura determinando la superestructura. Desde tal perspectiva, hay una esencia proletaria que determina su condición ideológica –revolucionaria- y no a la inversa, como sugiere la cita de Laclau, donde es la construcción política, en este caso el marxismo, el que construye el concepto de “proletariado”, adjudicando discursivamente un espíritu y una meta como parte de su esencialidad³. La capacidad de los agentes que, en gran medida adhirieron al marxismo de la época -y su relativo éxito- consistió en articular a ese, otro haz de conceptos por los que otorgaba determinado sentido hegemónico (más bien contrahegemónico) en pos de la revolución y el socialismo: “alianzas de clase”; “vanguardia proletaria”; “imperialismo”; “oligarquía”; “pueblo”, etc. Es que *“una estructura discursiva no es una entidad meramente “cognoscitiva” o “contemplativa”; es una práctica articuladora que constituye y organiza a las relaciones sociales”*⁴

Esa práctica política ponía el énfasis en lo económico y en el futuro mediante la obtención del poder para lograr su planificación racional en favor de los más; sin embargo, la búsqueda de adhesión para el logro de tales objetivos generaba una fuerte dimensión transformadora presente que se procesaba en un estado de asamblea permanente. Antes de cumplir uno solo de los objetivos de futuro gobierno popular, tal acción política producía un cambio importante de mentalidades y prácticas vitales que relativizaban las formas de comprender “la democracia”. La izquierda crecía a partir del movimiento sindical en medio de una constante pérdida de fuentes de trabajo y salario real, así como de las luchas estudiantiles, marcadas a su vez, por los recortes gubernamentales de la autonomía y los recursos presupuestales para la educación⁵. La forma en que aquellas luchas determinaron la posición de

³ Es imposible aquí abordar como quisiera esta disyuntiva filosófica, que por cierto genera dudas razonables. Sin embargo, y aquí es donde –desde mi punto de vista- la propuesta de Laclau y Mouffe resulta extraordinariamente útil, son los discursos políticos y su capacidad de articular elementos disímiles los que explican la realidad política, más allá que ellos –de una manera u otra – puedan (o no) estar prefigurados con antelación a su enunciación.

⁴ *Ibíd.* p. 133

⁵ La crisis económica se asocia al fin de un modelo de sustitución de importaciones, el crecimiento de la deuda externa y la caída de los precios de productos agropecuarios, primera fuente de recursos económicos del país. A principios de los setenta, el gobierno decide intervenir cada vez más con mayor fuerza la conducción directa de la Educación, marcada

obreros y estudiantes de la época tuvo consecuencias políticas indudables para esa generación como para las siguientes. También importa destacar –por contraste con lo que vino después- la certeza ideológica y emotiva de aquella izquierda de que la injusticia social sistémica era superable; la utopía, no sólo como proyecto sino como presencia vital ante el seguro advenimiento de otro mundo más justo. Nos interesa –particularmente en este trabajo- detenernos en ese sentido de lo político ante la posible emergencia de lo nuevo, la correspondiente visión desnaturalizadora de los conceptos (entre ellos el de “democracia”) y su comprensión como constructos que emergen de las luchas antagónicas por lograr hegemonía. Nos dice la historiadora Clara Aldrichi:

“Nuevas formas de representación y participación de la ciudadanía se ensayaron en este período. Las consignas coreadas en las movilizaciones expresaban la construcción de una nueva identidad: “Si esto no es el pueblo, el pueblo dónde está, el pueblo está en la calle por pan y libertad”. La representación “directa” y “auténtica” del pueblo y la nación se ejercía en las calles o en las ocupaciones, reuniones o asambleas, en contraposición a la representación parlamentaria.”⁶ “

Sin embargo, no todo en la actividad de la izquierda de la época puede caracterizarse por el incremento de prácticas democráticas. El desarrollo de la violencia que caracteriza el período es el fruto del antagonismo creciente entre diferentes concepciones de izquierda (refractarias de otras en el mundo y en el siglo) y la emergencia de una reacción ultranacionalista y anticomunista, tanto en filas del gobierno como en la sociedad civil. El clima de violencia política crecía a contrapelo del “espacio discursivo” precedente, de fuertes consensos

anteriormente por la gran autonomía de los organismos rectores de los Consejos de Educación Primaria, Secundaria, Técnica y Universidad de la República. En enero de 1973 se aprueba una ley que crea un organismo rector de la Educación (Consejo Nacional de Educación), cuyos miembros son designados por el Poder Ejecutivo con la venia de la Cámara de Senadores. Se habilita, además, la represión de la actividad política en los centros educativos (ley No 15.739) La defensa del salario, las fuentes de trabajo, la autonomía y presupuesto para la Educación Pública, fueron banderas importantes para la izquierda de aquellos años.

⁶ Aldrichi, Clara, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*, Montevideo, Trilce, 2001, (p. 33)

en torno al pluralismo y el igualitarismo⁷. A la interna de la propia izquierda, las continuas diferencias político-ideológicas así como la necesidad de cada proyecto político de autoconcebirse -de forma casi siempre excluyente- como “vanguardia revolucionaria” era propicia para una constelación de prácticas y enunciados bastante más reservada a funciones dirigentes, fuertemente sensibles a modelos épico--individualistas (Lenin, el Che, etc.) conformando buena parte de la dimensión emotiva de los revolucionarios y sus formas efectivas de *creer* o sobreponerse al miedo. La izquierda de los sesenta y setenta tuvo dirigentes tan dispuestos a atraerse en la lucha contra los sucesivos gobiernos conservadores, como a repelerse mediante la multiplicación de propuestas y disputas por liderazgo revolucionario. La persistencia del proyecto autoritario de la derecha, así como cierta autoconciencia de la atomización de los proyectos de izquierda, fueron causas importantes para la formación del Frente Amplio en 1971.⁸ Sin embargo, su constitución no actuó solo para unir a los distintos grupos en un mismo programa popular “antioligárquico” y “antimperialista”, sino también para crear – en el escaso tiempo que duró su legalidad hasta el golpe de Estado de 1973- un nuevo campo de disputas sectoriales.

A partir de la fuerte repercusión que tuvo en Uruguay la Revolución Cubana (1959), se procesa en Uruguay la emergencia de una “izquierda revolucionaria” (tal como la califica Rey Tristán⁹) con una fuerte prédica a favor de la lucha armada. La deriva del Partido Socialista tuvo aquí una incidencia

⁷ Esta idea la desarrolla y argumenta extensamente Amparo Menéndez Carrión en *Memorias de ciudadanía. Los avatares de una polis golpeada*, Montevideo, Ed. Fin de Siglo, 2015. El “espacio discursivo” según la autora, está referido a los múltiples intercambios entre extraños en “la polis”, es decir, escenifica tanto la circulación de “ideas políticas” como otros contenidos muy disímiles como comentarios frente a una obra de teatro o incluso en una parada de ómnibus.. La amplitud del concepto es por lo tanto, merecedor de un tratamiento muy cuidadoso desde el punto de vista teórico.

⁸ El Frente Amplio se define, al momento de su creación, el 5 de febrero de 1971, como “coalición (...) entidad política autónoma, distinta y diferenciada de las fuerzas que la integran” (ver Declaración Constitutiva en www.frenteamplio.org.uy). En ella se integraban fuerzas de izquierda, grupos escindidos de los partidos tradicionales (Blanco y Colorado) y finalmente ciudadanos independientes como el propio candidato a Presidente, el Gral. Liber Seregni.

⁹ Rey Tristán, Eduardo, *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya, Montevideo, Fin de Siglo, 2006*. En su presentación el autor considera que esta “izquierda revolucionaria” tiene como principal elemento definitorio “la opción por la lucha armada” (p. 15)

importante tras vivir sucesivos reveses electorales y la emergencia, en su seno, de una nueva dirigencia dispuesta a radicalizar las propuestas políticas. La fuerte controversia de esta tendencia (que fue conformando diversos grupos políticos), con la posición de los comunistas y sus aliados dispuestos a defender una “vía pacífica” o “democrática” al poder, determinan buena parte de la ideas esgrimidas por unos y otros en la puja por convertirse en la vanguardia revolucionaria. Sobre todo, por parte de aquella “izquierda revolucionaria”, existió cierta forma elemental (dicotómica) de concebir los términos de “democracia”, “derecho”, “libertad”. Tal como lo consigna el autor citado, aquellos grupos intentaban frecuentemente solventar los conflictos por la aceptación o no de una determinada metodología (armada):

“La base de todo el análisis e ideología de la izquierda revolucionaria eran las dicotomías excluyentes, a partir de la que se calificaban países, procesos, individuos o fenómenos como revolucionarios o no revolucionarios. En muchas ocasiones, se carecía de bases teóricas sólidas o análisis complejos de sus realidades nacionales, y eran adaptaciones de las interpretaciones realizadas por el proceso cubano¹⁰”

La escasa profundización teórica que caracterizó a buena parte de la izquierda y sobre todo a la que optó por anteponer lo metodológico a toda otra fundamentación política o ideológica, no fue óbice para el respaldo que aun así, pudo tener en movimientos sociales de la época (sobre todo en el movimiento estudiantil). El hecho que suponía –en medio de una izquierda crecida en el debate ideológico- la aparición de una alternativa que proclamaba consignas como aquella de que “las ideas nos separan y los hechos nos unen” plantea la duda acerca de la necesaria profundidad teórica que requieren las propuestas políticas cuando media una percepción de aceleración histórica, por la cual se intuye una salida rápida capaz de superar el antagonismo. Tal aceleración significaba que la revolución estaba “a la vuelta de la esquina” (la expresión corresponde al título de la obra de Rey Tristán). El propio debate con los

¹⁰ *Ibíd.* p.55

comunistas, frecuentemente se presentaría, por parte de estos sectores, entre “revolucionarios y “reformistas”. Entre quienes se atenían a la “legalidad burguesa” (los comunistas y sus aliados) y quienes estaban dispuestos a destruirla (la “izquierda revolucionaria”).

Sin embargo hay demasiadas evidencias para no considerar a los comunistas de aquellos años tan apegados a la Constitución y las leyes del momento y –por el contrario- muy proclives a imaginar saltos revolucionarios (o atajos como pudo ser una intervención militar de corte “peruanista”¹¹) que allanaran el camino para la toma del poder popular que, dicho sea de paso, también pudo ser percibido en esas filas “a la vuelta de la esquina”. Un profundo estudio de la historia del Partido Comunista Uruguayo hecho por Gerardo Leibner es muy claro en ese sentido:

“Según las previsiones estratégicas del PCU, a medida que iba agravándose la crisis del sistema oligárquico y dependiente y por la acción del movimiento obrero y popular se iban acumulando las fuerzas revolucionarias, las reacciones de las clases dominantes y del imperialismo podían ser más violentas, llegando hasta destruir el andamiaje democrático-legal de la República. Esa “espiral ascendente” presuponía a la vez estar preparados tanto para el violento golpe reaccionario (concebido con el concepto de “fascismo”) como para la posibilidad del salto revolucionario de acceso al poder (...) al pasar los sectores más reaccionarios de las clases dominantes a la dictadura abierta, se podían crear las condiciones para las fuerzas populares no solo conjurar este golpe sino de dar un salto revolucionario.”¹²

¹¹ Un golpe de estado al estilo de Velasco Alvarado en Perú en 1968, fue especialmente esperado y promovido por el Partido Comunista. El propio Rodney Arismendi (Secretario General del PCU) en el exilio en Moscú, en 1975, hablaba de “fuerzas nacionalistas y democráticas” entre los militares uruguayos, mencionando la posibilidad de establecer un “gobierno provisional” integrado por civiles y militares. Ver Vania Markarian: “De la lógica revolucionaria a las razones humanitarias: la izquierda en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1972-1976)” en Cuadernos del CLAEH, No. 89, Montevideo, 2004, (p. 91)

¹² Leibner, Gerardo, *Camaradas y compañeros, Montevideo, Trilce, 2011, (p.611)*

Más allá de la controversia entre comunistas y la “izquierda revolucionaria” (siempre definida ésta de acuerdo con Rey Tristán), bien puede aceptarse que ambas tendencias estaban unidas por la necesidad utópica de cambiar las estructuras económicas de la sociedad –en primer lugar, la propiedad de los medios de producción- y de estar viviendo un proceso pre-revolucionario en ancas de una creciente participación ciudadana.

En síntesis, tanto para la “izquierda revolucionaria” como para los comunistas, la democracia asumía una conceptualización no sustantiva, relativa a algún grado de adjetivación ya fuera como “democracia social” y superación del capitalismo; como “democracia participativa” en medio de la lucha presente; como “vía de aproximación al socialismo” (por ejemplo, según la formulación de Rodney Arismendi¹³), y acaso una muy posterior, de “verdadera democracia” una vez alcanzado el poder. Para esta última acepción por cierto que no existen documentos (hasta donde yo sé) donde se propongan nuevas dimensiones legales, es decir, alguna proyección de una nueva institucionalidad revolucionaria, socialista y “democrática”. Dicho vacío seguramente es concordante con cierta imposibilidad imaginativa posterior al nacimiento de algo tan inconmensurablemente nuevo como era el “salto revolucionario”. Dicho de forma muy resumida: en tanto la izquierda centraba sus críticas en la propiedad y el sistema económico (la infraestructura de lo social), lo jurídico institucional (la superestructura de lo social) solo podía concebirse como mero resultado del tipo de orden económico existente o del siguiente que emergería tras el proceso revolucionario.

El avance del proyecto autoritario de la derecha comienza a cristalizarse en una serie de decretos del gobierno de Pacheco Areco, vicepresidente que asumió la principal magistratura en 1967 tras la muerte del Gral. Oscar Gestido, electo presidente en las elecciones del año anterior. La violencia policial ejercida sobre la actividad sindical y estudiantil, el cierre de medios de prensa así como medidas económicas como la congelación de precios y salarios

¹³ Ver Rodney Arismendi: *Lenin, la revolución y América Latina*. Montevideo, Pueblos Unidos, 1970

(resultando éstos bastante más afectados que aquellos), crearon una situación explosiva que vino a unirse al crecimiento y defensa ideológica de la violencia armada por parte de la izquierda.

En un artículo de Yaffé y Marchessi sobre la violencia de aquellos años se lee:

“El caso uruguayo del período referido muestra que, en un contexto de confrontación y deterioro creciente de la institucionalidad democrática, una serie de actores incorporaron la violencia como uno de los principales asuntos del debate público y, en algunos casos, también como parte de sus recursos de acción¹⁴.”

Los autores se ubican en la difícil tarea de explicar las causas de la violencia a contrapelo de una historiografía que se ha inclinado a explicar bastante más sus consecuencias y la ruptura de la institucionalidad democrática. Hacen hincapié en que el antagonismo se procesaba ante “una revolución que no existía”, es decir, bastante más ante una eventualidad que ante una efectiva ocurrencia:

...para muchos actores de esa circunstancia histórica concreta la discusión acerca de la crisis representó, entre otras cosas, la percepción subjetiva de la posibilidad de un horizonte revolucionario en el que algunos creyeron y al que otros temieron.¹⁵

Es importante destacar aquí la referencia al temor, ya que las acciones políticas tienen siempre una dimensión emocional, más aún cuando lo vivido posteriormente pudo calificarse como “terrorismo de estado”. El contexto crítico de la década del sesenta registra la incapacidad del Estado de solventar con éxito tanto el bienestar económico como la “legalidad” de sus acciones. Al comentar un estudio de Costa Bonino, los autores citados dan cuenta de

¹⁴ Yaffé, Jaime, Marchessi, Aldo: “La violencia bajo la lupa. Una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta” *Revista Uruguaya de Ciencia Política* - Vol. 19 N°1 - ICP – Montevideo. (pp. 96/97)

¹⁵ *Ibíd.* p. 98

ciertos elementos previos y generadores de violencia que refieren a la propia imposibilidad del marco institucional de preservarse a sí mismo:

El clientelismo, la corrupción y la ineficiencia habrían sido, en un contexto de deterioro económico-social prolongado y progresivo, las manifestaciones más patentes de dicha crisis. Como resultado, se habría producido una situación de “alienación política”, esto es de “orientación negativa de los individuos con respecto al sistema político”. El desarrollo de la opción revolucionaria armada que se venía planteando desde los tempranos sesenta, habría sido una de las expresiones que, por la vía de la adhesión a una propuesta “contrasistema”, canalizaron el estado de alienación política, que era a su vez la contracara de la crisis de los partidos tradicionales.¹⁶

Interesa recalcar las transformaciones discursivas en torno a la palabra “democracia” mientras se avanza hacia los años setenta. Parece claro que un conjunto de actores participaron del reconocimiento de la imposibilidad de sostener, en sus dichos y en sus prácticas, la antigua perspectiva y debieron compatibilizar el viejo discurso democrático con propuestas que —a todas luces— no lo eran tanto.¹⁷

La defensa autoritaria de “la democracia” por parte de la derecha comenzó a visualizarse como clara contradicción performática: cuanto más la invocaba, más la negaba en los hechos. Por su parte, la izquierda más activa, en su lucha contra el sistema buscaba encontrar para la palabra otras acepciones prácticas o imaginarias. La naturaleza conflictiva que asumen las palabras prueban la imposibilidad de una relación puramente intelectual entre

¹⁶ *Ibíd.* p. 106

¹⁷ Una digresión que creo pertinente. La pasada “democracia verdadera”, la “tradición democrática”, o según Menéndez Carrión: el “doble eje del pluralismo e igualitarismo”, característico de los años previos a los sesenta, así como cualquier otro reconociendo de los beneficios de cualquier pasado en relación al presente, es analíticamente posible pero políticamente inviable: son otras posiciones, otros sujetos y otros los antagonismos que están en juego por la emergencia de acontecimientos siempre imprevistos. El propio esfuerzo que intento aquí, en la reconsideración de lo propuesto por la izquierda de los sesenta y setenta, no implica recuperarlo para el presente: esa imposible operación es tan nostálgica como estéril.

significado y significante: los discursos se forman en torno al antagonismo político.

Es bueno recordar que el Frente Amplio ensayó un camino no rupturista, intentando restaurar una continuidad con la “tradición democrática” quedando bien expresado en la consigna lanzada en 1972 por su candidato a la presidencia, el Gral. Líber Seregni, de “paz para los cambios y cambios para la paz”. Sin embargo, el breve tramo de la historia en que actuó el Frente Amplio, desde su formación en 1971 al golpe de Estado en 1973¹⁸, requiere sopesar su escasa incidencia real como sujeto político, es decir, capaz de crear una discursividad propia que rebasara la de los diferentes sectores que lo integraban (sobre todo de los que hemos referido). A esto se sumará, inmediatamente –a partir de 1974- diversos hechos que ponen en duda su vigencia: el temprano alejamiento del PDC así como las profundas disidencias de connotados formadores de opinión (como Erro y Quijano), apenas se inicia la dictadura¹⁹.

Por lo tanto, más allá de la gestión del Gral. Seregni desde la prisión, y la resistencia del Partido Comunista en el exilio y la clandestinidad a favor de la coalición, no puede excluirse de la identidad de la izquierda dos palabras clave que marcaron el accionar de las tendencias mencionadas recorriendo, casi integralmente, las décadas de los sesenta y setenta. Ellas son: “socialismo” y “revolución”.

¹⁸ La escalada autoritaria del gobierno de Pacheco Areco culmina con la disolución del Parlamento y la posterior proscripción de los partidos políticos por parte de Juan María Bordaberry (de igual tendencia política en el Partido Colorado), electo Presidente en los comicios del año 1971.

¹⁹ Ver: Demasi Carlos, Marchesi Aldo, Markarián Vania, Rico Álvaro, Yaffé Jaime, *La dictadura Cívico- Militar, Uruguay*, Banda Oriental, 2009. Allí puede leerse en palabras de Demasi: “Es curioso observar los giros que utiliza (Quijano) para no nombrar la coalición de izquierda” (p. 77). En 1974 hay importantes reuniones de la izquierda en Buenos Aires que ponen en duda la vigencia del FA. Una donde Erro promueve la formación de la UAL (Unión Artiguista de Liberación) y la otra de la ya existente ROE (Resistencia Obrero Estudiantil), importante núcleo de militantes de origen anarquista que no participa de las elecciones de 1971 y del cual surgirá luego el PVP (Partido por la Victoria del Pueblo). Ver Markarian Vania, obra citada (pp.88 y 89).

III) La nueva articulación discursiva de la izquierda. Algunas reflexiones desde el presente.

Posiblemente una mejor identificación entre izquierda y Frente Amplio pudo darse en dictadura recién después de las elecciones internas (solo habilitadas para los partidos tradicionales) y el voto en blanco del año 1982²⁰. Dicha instancia fue una consecuencia de lo sucedido apenas dos años antes con el plebiscito y el rechazo del proyecto constitucional propuesto por la dictadura, y seguramente es a partir de ese año -1980- que puede ubicarse el comienzo de la unidad de la izquierda con muchos sectores de la derecha en torno al necesario regreso al pasado institucional. Tal revisión neutralizará, poco a poco, toda preocupación de futuros inexplorados e indefinidos, característicos de los años anteriores. Para ilustrarlo en términos emotivos, se imponía la nostalgia a la utopía. Esas condiciones subjetivas suponen una lógica revalorización de “la democracia”, en el mismo sentido que los partidos tradicionales, cuestión que se materializará en nuevas prácticas políticas a partir de las elecciones de 1984.²¹

La actual expresión ideológica del Progresismo contrasta demasiado con la “vieja izquierda” como para que su análisis pueda saltarse el problema de su transformación en la que –no sin dificultades- ha dejado atrás tanto al socialismo como a la revolución. Sin embargo, tal discurso adoptado por la izquierda y finalmente mejor enunciado desde la propia práctica administrativa del Estado²², no parece ser tan renovador. El conjunto de sus propuestas es una mixtura de elementos provenientes del pasado, tanto de las viejas ideas socialdemócratas europeas como del batllismo de la primera mitad del siglo pasado en Uruguay. Todo ello, levemente condimentado con cierto culto mítico

²⁰ Ante el llamado del gobierno dictatorial de realizar elecciones internas en los partidos políticos “democráticos”, o sea excluyendo al Frente Amplio, el Gral. Seregni propuso el voto en blanco que finalmente alcanzará una votación cercana a los 85.000 votos, un 6,8% del total (www.república.com.uy). Bien puede interpretarse esa instancia como una “refundación” del Frente Amplio.

²¹ En 1984, tras un proceso de negociaciones políticas entre los mandos militares y representantes de los partidos políticos, se realizan las primeras elecciones nacionales desde 1971.

²² Tras un proceso de veinte años de acumulación de votos, la izquierda, para esa época denominada *Frente Amplio, Encuentro Progresista, Nueva Mayoría*, obtiene el gobierno en las elecciones de 2004.

a sus orígenes: épica heroica (pero irrepitable) de las luchas revolucionarias y antiautoritarias. Su relativa viabilidad económica (y “verdad” política) quiso probarse en sucesivos gobiernos, desde 2005 hasta hoy, con la reducción de la pobreza a expensas del crecimiento de la renta de la tierra y el alza de precio de los productos agrícolas exportables. Es innegable el mejoramiento de varios índices en los estándares de vida relativos al consumo de bienes y servicios de los más pobres. Sin embargo, hoy este proyecto político enfrenta diversos desafíos que importa resumir: el actual estancamiento económico; la crítica acerca del escaso abatimiento de la pobreza estructural (no necesariamente medible por los ingresos); la pérdida de la batalla ideológica donde se ha impuesto el consumismo y el éxito personal; pero tal vez lo más importante, el permanente alejamiento de esta izquierda de las ideas revolucionarias o socialistas, aún presentes en la memoria colectiva. Todo ello exige cierto análisis genealógico de tal transformación que –ya sea para confirmarla o para rechazarla- no puede construirse a través las técnicas del olvido histórico ni por la preeminencia que ganó la instalación de la lucha electoral y la necesidad de captación del centro político.

La intención de este trabajo es analizar algunas causas relativas a la política en Uruguay por las que ideas y prácticas de la izquierda de los sesenta y setenta fueron descartadas, así como poner en cuestión su aceptación como natural producto de la evolución histórica no sólo nacional sino internacional. Una breve reflexión al respecto. Ningún organismo o sistema se pliega a pautas exógenas sin el desarrollo de motivaciones endógenas para hacerlo. La paulatina incorporación de Uruguay a las exigencias económicas transnacionales (finalmente impuestas a sangre y fuego durante la dictadura) había generado, desde los años 60, una fuerte reflexión en torno a posibles vías autónomas y nacionales de desarrollo que incluyó voluntades dentro de los propios partidos tradicionales²³. Desde la izquierda esa búsqueda, además, estaba relacionada con la perspectiva de crear un nuevo orden económico

²³ Se destaca en ese sentido la iniciativa del propio gobierno blanco - en 1960- creando la CIDE (Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico) que funcionó hasta 1967, elaborando diversos documentos de diagnóstico y propuestas de cambios estructurales de la economía uruguaya.

mundial más justo. Tal perspectiva decrece considerablemente en la izquierda luego de la dictadura. La afirmación neoliberal de los 70 y 80 constituye una fuerza nada despreciable como para inferir que ello sea una causa para el surgimiento, dentro de la propia izquierda, de una corriente especialmente sensible a delinear un discurso –anexo al de los partidos tradicionales- por el que las estructuras económicas dejen de ser un asunto político para transformarse en tema de orden epistémico o pragmático, en un conjunto de datos imposibles de cambiar y a los que solo correspondería la *adaptación*.

La aparición de esta nueva izquierda supuso, entonces, en todos sus planos, una discontinuidad lógica y dialógica que una nueva discursividad de izquierda deberá reconstruir si quiere volver a ser anticapitalista de alguna manera efectiva, es decir, demostrando que sus prácticas y sus dichos van en el sentido de superar una forma de vida que extiende el lucro, la mercantilización de la vida y la concentración profundamente antidemocrática de la riqueza. Al mirar atrás surge el claro reconocimiento de que tal objetivo formaba parte de las preocupaciones de la vieja izquierda y no así de la que emerge en los ochenta.

Al pretender cierta identidad de la izquierda uruguaya en su larga trayectoria histórica, el discurso renovador debió establecer una difícil –y casi imposible- articulación entre las antiguas referencias y las nuevas. Su mejor estrategia fue la de intentar enclaustrar las primeras como parte de su identidad privada o meramente teórica, y ventilar públicamente –de manera cada vez más natural- aquellas de corte más hegemónico y efectivamente convertidas en prácticas políticas de gobierno. En relación a la “democracia”, la izquierda cesa en su interés de adjetivarla, aceptándose, de igual manera que para los partidos tradicionales, el sentido liberal que contiene como sistema político. Es interesante resaltar el largo y actual apego ideológico a la democracia representativa por parte de la actual izquierda uruguaya, bastante más importante que otras categorías ensayadas como “democracia participativa”, “democracia avanzada” o “socialismo democrático”. Es que finalmente, es

aquella categoría -y no éstas- la que resulta plenamente solidaria con el surgimiento y la actual agencia renovadora que delimita su radio de acción política a la administración del Estado y a los procesos electorales. Atrás debía quedar el terrorismo de Estado, pero también el miedo a reconstruir críticamente un pasado donde la izquierda debía asumir su responsabilidad histórica como opción política que fracasaba: por cierto que la revolución no estaba “a la vuelta de la esquina”.

Más arriba me refería a cierta apreciación de Acosta Bonino, recogida por Yaffé y Marchessi, relativa a la “alienación política”, para explicar el fracaso de la democracia y la emergencia de la violencia. Aquí quiero hacer dos puntualizaciones, la primera relativa a la paradójica vigencia de tal apreciación. ¿Acaso hoy no vivimos también cierta “orientación negativa con respecto al sistema político” y el crecimiento de una “clase política” destinada a satisfacer sus apetencias particulares? La segunda, quiere reafirmar que sí hubo otras “expresiones” que claramente excluían –en aquel preciso momento- la violencia armada como única condición “contrasistémica”: buena parte de la izquierda desestimó la lucha armada y lo argumentó extensamente. Por lo tanto, no es preciso entender aquella particular opción –y mucho menos pensarla en el presente- como única “contracara” de la crítica sistémica. Ese erróneo pensar dicotómico –recreado interesadamente a partir de los años 80- no anula la crítica hecha en el pasado sobre los alcances y las debilidades de la institucionalidad pasada ni sobre su actual restauración en el presente como único sistema posible.

La renovación de la izquierda merece, entonces, una explicación que supere lo meramente instrumental que supone la lucha entre agentes absolutamente decididos a obtener el éxito electoral, y para el caso del Frente Amplio, finalmente obteniendo el apoyo del centro del espectro político. Parece necesario revisar ese pasado más reciente de la izquierda desde una perspectiva que por fin supere el miedo a cargar con las culpas, las responsabilidades y el fracaso del anterior proyecto. Hacerlo, además, ya sin

la presión machacona y restauradora de la derecha de los ochenta y de los éxitos electorales, a partir de los noventa.

Con respecto a la evolución de la izquierda y su relación con el Frente Amplio, la postura analítica que defiendo aquí es la siguiente: la izquierda de los sesenta y el setenta (incluida la propia formación del Frente Amplio en el 71) conforma un sujeto político distinto al Frente Amplio que se construyó a partir de los 80, que se constituye más allá de los nombres propios, las definiciones programáticas, la presencia de personas y la continuidad de sus símbolos. No son los mismos sujetos porque ellos se definen, de acuerdo a lo que ya he dicho, por una conformación discursiva capaz de articular hechos y palabras en la construcción de una herramienta política determinada..

La actual discontinuidad de izquierda –por lo menos la contenida en el Frente Amplio- nos lleva hoy a preguntarnos: ¿aún asistimos al antagonismo político y la lucha por la hegemonía entre izquierda y derecha? ¿O por el contrario, a partir de la dictadura y el período inmediatamente posterior, asistimos a la formación de un discurso único, expulsando todo antagonismo hacia los bordes de lo político? Por otro lado, y visto no sólo las consecuencias del fracaso del “socialismo real” sino también del capitalismo y el actual desgaste de los Progresismos en América Latina, hoy se impone una nueva reflexión histórica. En Uruguay, aunque de forma aún minoritaria, muchos “frenteamplicistas” se preguntan: ¿resulta justo enterrar el socialismo y los cambios económicos radicales como opción política explícita?; a largo plazo, ¿son adecuadas las salidas socialdemócratas propuestas por el Progresismo?; ¿no es necesaria una revisión histórica antes que el discurso, compartido con la derecha, termine por conformar una nueva hegemonía –bastante más poderosa- en la que la izquierda, como tal, quede definitivamente atrapada? Reconsiderar la historia es algo necesario ya que la renovación se ha apoyado en una supuesta “evolución ideológica” por la que las propuestas radicales de los años 70 se moderan en los 90. Es decir, habría un ente único que “ha comprendido”, o “ha madurado” históricamente su forma de concebir la política.

Por esa vía parece obvia su identidad solventada por su continuidad institucional, su simbología, o incluso- siguiendo la idea de Methol Ferré-, por el mito de la “comunidad de sangre”²⁴. Sin lugar a dudas que el papel de algunos dirigentes, su identidad personal transformándose en el tiempo parece otorgar unidad al panorama. Sin embargo, la ruptura resultó tan fuerte que bien puede afirmarse que la izquierda sustituyó radicalmente su identidad discursiva. Surgió una nueva agencia política marcada por un entorno nuevo y por nuevas motivaciones: la dictadura quedaba en el medio como navaja de la historia. Intentaré fundamentarlo mejor.

Cuando se apela a la continuidad institucional como sustento de tal transformación, se esgrime que son sus estatutos, resoluciones, congresos y autoridades las que han pautado dicha transición y por lo tanto, eso es justamente lo que define la identidad de una conformación política, aunque asuma posturas distintas para cada etapa. Sin embargo, apenas la analizamos, dicha institucionalidad no asume ningún carácter o esencia fija sino que, visiblemente, ella también ha conformado una nueva identidad en el mismo sentido que su discurso, esto es, en detrimento de la participación, el intercambio ideológico y las cercanías barriales o sectoriales (por ejemplo, la de sus “comités de base”). Durante el largo período que va desde el fin de la dictadura hasta nuestros días, la “democracia representativa”, caracterizada por algunas pocas instancias electorales, la conformación de alianzas estratégicas cuantitativas, la publicidad masiva, la búsqueda de líderes carismáticos y la reducción a un mínimo de la reflexión ideológica colonizan al Frente Amplio y su institucionalidad. Ella entonces, no determina los discursos políticos sino que son éstos –y los agentes que los asumen como propios- los que transforman las herramientas e instituciones para instalarse en ellas, o mejor dicho, para articular sus relatos, épicas, figuras, símbolos y pronunciamientos con la nueva discursividad emergente.

²⁴La expresión de Methol Ferré refiere a una forma de identidad que pudieron asumir los partidos políticos en Uruguay toda vez que sus alianzas quedaban selladas por la sangre.

En “Elecciones, tripartidismo y bipolaridad”, Entrevista de Carlos Vargas a Alberto Methol Ferré. Uruguay, *Cuadernos de Marcha*. Tercera época, Año IX, nº 100, diciembre de 1994.

Puede, finalmente, alegarse algo que parecería definitorio, después de todo: ¿No estamos hablando, en todos los casos, del “Frente Amplio”? Sin entrar en una larga disquisición filosófica acerca de la identidad y los nombres propios más allá de los atributos reconocibles de una entidad, recordemos una vez más a Mouffe y Laclau:

“ Siempre que (...) utilicemos la categoría de “sujeto”, lo haremos en el sentido de “posiciones de sujeto” en el interior de una estructura discursiva²⁵”

Es decir: no hay sujeto –no puede haberlo- en la denominación vacía de “Frente Amplio”. Su nombre y su institucionalidad y lo que allí queda ligado, puede usarse –articularse- aún a costa de tergiversar lo que originariamente proponía. No hay Frente Amplio como entidad abstracta capaz de sostenerse igual a sí mismo en todo tiempo y circunstancia política: hay diversas “posiciones de sujeto” que se presentan como Frente Amplio, de acuerdo a operaciones hegemónicas muy diversas entre sí. En su fundación diversos actores políticos unían “Frente Amplio” a la lucha contra la “oligarquía” y el “imperialismo”; posteriormente a “desarrollo”, “gestión”, “políticas públicas”. Por eso, aunque sea paradójico, resulta tan válido que un “frenteampalista” de los setenta o los ochenta hoy no “se sienta” frenteampalista (puede alegar legítimamente que “se han traicionado los principios”), como que sí lo haga (también legítimamente diga: “hemos participado de un salto ideológico necesario”). Y por lo tanto, bien podrá ocurrir, en el futuro, que ser frenteampalista no coincida con ninguno de estos discursos fundantes –en última instancia- de la identidad política. La apropiación del nombre se hace por actores y discursos muy distintos que se imponen bastante más allá de cualquier desarrollo interno, institucional o dialógico.

²⁵ Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista*, Argentina, FCE, 2011, p. 156

Ubicado en tal perspectiva, el análisis debe centrarse en los momentos de aparición de las nuevas formas discursivas como auténtica “mutación política”, intentando demostrar por qué la nueva izquierda no deriva lógicamente de la anterior. Dicha argumentación contiene en sí la posibilidad de gestar una nueva transformación que supere lo que, a esta altura, parece un agotamiento del trayecto renovador. Hoy la propia palabra “renovación” comienza a relativizarse, a ser pasible de cierto corrimiento discursivo por el que, paradójicamente, puede comprenderse “vieja”. Obviamente esto no sucederá hasta que una agencia política discursiva, suficientemente fuerte, nombre como viejo lo que antes era nuevo.

IV) “Al centro y adentro”

En el sumario del capítulo 3 del libro de Jaime Yaffé, cuyo título reproducimos arriba se lee:

“La comparación de punta a punta, entre las Bases Programáticas de la Unidad de febrero de 1971 y “La transición responsable” de octubre de 2004 no habilita argumentar que la izquierda permanezca incambiada. Por el contrario, ha cambiado mucho, y ese cambio no debe interpretarse como una mera operación de maquillaje electoral, o un giro oportunista de último momento, pues ha sido el resultado de un largo y complejo proceso de renovación ideológica y programática²⁶.”

Según Yaffé estos cambios se deben a un largo proceso de adaptación frente a los producidos en los entornos nacionales e internacionales. Inmediatamente agrega:

“...la izquierda tenía dos caminos extremos: persistir en el programa frentista fundacional, pensado como respuesta y solución para una

²⁶Yaffé, Jaime, *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*. Montevideo, Instituto de Ciencia Política. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República, 2005, p. 97.

*realidad cuyos datos básicos habían cambiado; o **adaptar** sus ideas y sus propuestas programáticas, para incorporar la nueva situación y postular las soluciones (objetivos e instrumentos) adecuadas(...) En el plano ideológico, el progresismo ya no habla ni de revolución, ni de socialismo, sino de reformas graduales y de un capitalismo en serio (...)La izquierda progresista es **más cabalmente democrática** que la de 1971 (el subrayado me pertenece)²⁷*

Sin dudas que la palabra que el texto de Yaffé necesita para comprender tal transformación (y de hecho aparece más de una vez por página) es la de “adaptación”. El autor expresa que la izquierda es ahora “más cabalmente democrática” sin poner en duda el significado de “democracia”. Evidentemente el razonamiento del historiador forma parte de un concepto hegemónico que se imponía con fuerza al momento de su formulación. El Progresismo ha sido exitoso adaptándose, no solo a los requerimientos de la economía global sino a la unificación de los criterios acerca de lo que se debía entender como “democracia”. Tras la plena aceptación de la “democracia representativa”, solo cabe maximizar sus posibilidades y obtener la mayor cantidad de votos.

En sus consideraciones metodológicas, al principio de ese ensayo, donde estudia la evolución del Frente Amplio, Yaffé, en apariencia, reivindica la autonomía de lo político:

*“A diferencia de los enfoques “estructuralistas”, esta es una mirada “racionalista”, centrada en los partidos, a los que concibe como actores racionales que observan oportunidades y dificultades, definen objetivos y formulan estrategias para alcanzarlos.(...) los actores, tomando nota de las posibilidades y **limitaciones** que dichas estructuras le plantean, escogen metas y definen cursos de acción estratégica. La capacidad de los partidos – como protagonistas principales del juego político- para **adaptarse** ante los cambios en las estructuras que delimitan el contexto*

²⁷ *Ibíd.* p. 98

de la acción política y formular estrategias adecuadas es, entonces, un factor fundamental para explicar los resultados.²⁸ (El subrayado es mío)

Digo que “en apariencia” la metodología reivindica la autonomía de lo político, porque la necesidad adaptativa así como la observancia de límites en los que queda comprimida toda acción política, desde el punto de vista que trataremos de fundamentar, contraría dicha autonomía.

La realidad es historia y a la vez, posibilidad. Posibilidad indecible, inexplorada, cuando la política incluye decisiones que inauguran una forma de concebir lo social. En tanto refiere a operaciones adaptativas, la autonomía queda en entredicho. En ese sentido, también el análisis lo estaría: no basta enfocar la actividad política, los partidos, sus enunciados, etc. para afirmar la autonomía de una disciplina. Para fundamentar mejor lo que quiero decir, voy a introducir una distinción filosófica entre política y administración -o “policía” - según Rancière²⁹. Una correcta administración (atenta a normas ampliamente acordadas, por ejemplo) o incorrecta (autoritaria, por ejemplo) destina, en todos los casos, sus esfuerzos a hacer complementarias cada una de sus “partes” desiguales (a cada quien lo que corresponde) en una conformación social dada; no habilita al cuestionamiento de dicha conformación, y por lo tanto, según Rancière, solo sería “política” en el sentido de lograr control social. Por el contrario, lo verdaderamente político aparece cuando la administración es cuestionada por alguna construcción discursiva o práctica de sujetos iguales, develando el carácter relativo y temporario de los acuerdos en que se sustentan las formas de sentir, pensar u organizar la vida colectiva; es decir, los alcances de la igualdad. En tales instancias, toda construcción emerge como no natural, es decir, como un asunto verdaderamente político a la luz pública, a la consideración de todos por igual.

²⁸ *Ibíd.* p. 14

²⁹ Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Argentina, Nueva Visión, 1996, p.35 en adelante.

Desde este punto de vista, el análisis de Yaffé fallaría justamente donde quiere afirmar su criterio analítico. Obviamente, si la política se ha convertido en “administración”, no puede achacarse al analista que no esté hablando de política. Sin embargo, si se consideran los años anteriores a la dictadura, es notorio que la izquierda estaba lejos de considerar la política como adaptación. Buena parte de dicho “centro político” se había construido por un cúmulo de experiencias y luchas anteriores en las que diversos agentes nunca creyeron en la verdad que portarían las mayorías. Por el contrario, solían relacionar la media ideológica o política con la ignorancia o la alienación.

Más allá de que la política quede finalmente degradada por la conquista de votos y cierta creciente vaguedad en las propuestas para lograrlo, debemos preguntarnos: ¿cómo se conformó tal “centro político”?; ¿qué agentes habían intervenido para que ese centro fuera ese y no otro? El historiador no toma en cuenta que la izquierda, previamente a tal proceso adaptativo, había realizado una labor “pedagógica” o más claramente política tratando de hacer ver la relatividad y temporalidad de las conformaciones sociales que parecen naturales. Al abandonar dicho estatus verdaderamente *cualitativo*, la política pasa a ser algo especialmente mensurable por una politología que ya no preguntará por mundos posibles sino por las formas cuantificables de un único posible. No se preguntará, por ejemplo, “¿qué hacer para alcanzar justicia social?” sino “¿quién será el presidente?” Cediendo la verdad a un centro reinventado y cuantificado, la política deviene en mera administración y la “adaptación” rige todas las decisiones. Entonces, ¿a qué se adapta la política – cuantificable en un centro ya cristalizado en lo dado- sino a la hegemonía cultural y el capitalismo? La idea de aceptar el mandato del centro político implica la renuncia a cambiarlo (y por tanto reconocer una extrema debilidad de lo político y de su verdadera autonomía). En los hechos se terminó desactivando las fuerzas destinadas a una transformación más profunda y promoviendo un futuro “centro” bastante más débil o problemático para la propia izquierda. El proceso indica una aceptación relativa y luego, cada vez

más explícita, de las normas de juego que imponía el capitalismo, asumido como única realidad posible.

Al parecer, la historia que nos propone Yaffé ya aceptó, -como lo hizo buena parte de los uruguayos en los 90, vale la pena acotarlo-, un discurso único capaz de reproducir, ad infinitum, ciertas formas de hacer política y concebir la economía. Y de supeditar aquella a los designios de ésta.

V) **Discurso único.**

En este tramo tomo algunos conceptos de Álvaro Rico en su análisis del proceso político institucional pos-dictadura para fundamentar la paulatina adaptación de la izquierda a los principios rectores que el autor señala para ese período. Sirva de resumen la siguiente cita:

*“El proceso de reinstitucionalización –que comprendía los movimientos emergentes e instituyentes- terminó así acotado a la reinstitucionalización del Estado de derecho, del sistema de partidos y de los liderazgos tradicionales; **la democratización de la sociedad se limitó a la restauración de la política en sentido liberal**; los procesos de subjetivación concluyeron con la interiorización de la obediencia ciudadana al statu quo; la transversalidad cultural y generacional de la movilización antidictatorial fue absorbida por la racionalidad tecnocrática y el discurso político único; la participación popular quedó subsumida en la representación parlamentaria; la lucha por verdad y justicia fue sustituida por la derogación de la función punitiva del Estado de derecho³⁰.”* (El subrayado es mío)

La crítica a la restauración de la política en sentido liberal, que subsume la actividad de los ciudadanos en la representación parlamentaria, reflota – naturalmente- la abandonada caracterización de “democracia formal” por parte

³⁰ Rico, Álvaro, *Cómo nos domina la clase gobernante, Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura*. Montevideo, Trilce, 2005, p. 63.

de la izquierda sesentista. Una forma de expresión política únicamente sustentada en la igualdad de los votantes es negadora de toda participación signada por la desigualdad. Inevitablemente, son relaciones de poder (y la permanente lucha por la igualdad que ellas suponen) las que condicionan las formas liberadoras de participación política. La condición de esa democracia no participativa se refuerza por la exclusión de todos aquellos que, técnica o profesionalmente, no estén capacitados para la compleja administración del Estado como fundamento de lo político.

Rico adjudica al Estado un papel central en la agencia política y la formación del discurso único como discurso dominante.

“Donde más se confirma ese rasgo dominante del discurso estatal con relación a los demás discursos políticos y sociales que circulan y compiten desigualmente en la sociedad posdictadura es en los siguientes planos: (...) -En la capacidad de creación de nuevos signos políticos (del tipo: privatización, modernización, eficiencia, reestructura del Estado, impunidad, gobernabilidad). -En la imposición de criterios de verdad social (identificados con la racionalidad tecnocrática, la desideologización de los temas políticos, la neutralidad del Estado, las decisiones de gobierno como actos administrativos) (...) -Prescripción como valores de sus propios signos ideológicos (liberalismo, economía de mercado, tolerancia, pacificación)”³¹

Este haz de prácticas políticas e ideológicas presentadas como no ideológicas (el conjunto de elementos que presenta el autor es mayor pero complementario) buscaban –y aún lo hacen- crear una cultura hegemónica como “cierre definitivo” no solo de los horrores del pasado, sino de las debacles económicas inmediatamente anteriores: debían adquirir el carácter de verdades incontestables. Ante ese proceso el Estado asume un rol protagónico, lo cual resulta lógico dada las expectativas que genera su renovada condición

³¹ *Ibíd.* p. 65

“democrática” y la dictadura como su antítesis. De alguna manera, el autoritarismo reafirmó la historia uruguaya en sus aristas menos democrático-participativas y extendió, durante el proceso posterior, una sumisión que podría sintetizarse en una escena: el núcleo familiar recibiendo por televisión, durante las horas posteriores al trabajo, los mensajes, primero de los Comandantes y luego de los políticos. La lucha por conquistar ese espacio de referencia tendía a totalizar la política.

Finalizada la dictadura, ésta pareció prolongarse como una sombra, que tanto podía asumir el papel de amenaza a la democracia –débil y en construcción- como de recordatorio incómodo de las muchas infidelidades de las que fue objeto en el pasado. En su papel de afirmación antitética, el dogma democrático representativo, como discurso único, se convirtió en aquel que debíamos servir todos los uruguayos sin distinciones ni cortapisas. Esta afirmación “democrática” es también absolutamente relevante para comprender las transformaciones de la izquierda que pasó rápidamente de creer en ciertas verdades aprendidas en las luchas pasadas a comprender que el asunto político importante no era la verdad sino su representación discursiva, su verosimilitud. Nos dice Rico en torno a su preocupación por la verdad histórica en relación a los crímenes cometidos durante la dictadura y el papel que jugó la izquierda al principio de ese período:

“Mientras el discurso estatal dominante se apoyó en una verdad-construida (o reconstruida) a través de la capacidad de subjetivación o capacidad significativa de la palabra estatal, la izquierda siguió adherida a una concepción de verdad- develada, pensando que con el correr del tiempo y las nuevas condiciones políticas democráticas se abriría paso la “verdad histórica” de lo acontecido en la dictadura (...) Pero la “realidad” posdictadura fue tomando cada vez más distancia de lo real-acontecido en la dictadura hasta ser sustituida por las “representaciones”

(...) *las interpretaciones, sentidos, símbolos e imágenes simplificadoras...*³²”

Durante ese transcurso, en el que el dogma democrático y el poder del Estado asumen un protagonismo ideológico hegemónico (mucho mayor que el que la dictadura nunca pudo detentar), la condición de militantes de la revolución y el socialismo, se convierte en condición de víctimas y centro de especial atención, en medio de una renovada contextualización de los derechos humanos en torno a los crímenes del Estado. El nuevo ascenso de la democracia –que se construye como antítesis al horror- tuvo como corolario un fuerte rechazo público del sufrimiento que había provocado el Estado en el período anterior. Por esa vía, la reificación de la víctima –su cosificación en el particular momento de su derrota- contribuyó a neutralizar su antigua condición histórica: la piedad o la compasión sustituyen la reflexión política y el deseo revolucionario. El discurso sobre los derechos humanos, paulatinamente y aunque no fuera éste su propósito, desplazó la verdadera intención de las luchas de la vieja izquierda, los aspectos de mayor vitalidad y capacidad transformadora del pasado. Tal perspectiva reforzaba la idea –falsa, como se verá en el futuro³³- de que sólo “la democracia” podía impedir tales violaciones humanas, y coadyuvó –en alianza con otras fuerzas- a neutralizar la propia capacidad que aún podía tener la izquierda de continuar fiel a su propio discurso, de revisar sus propios errores (o -¿por qué no?, sus propios horrores).

VI) La nueva agencia política de la izquierda renovada.

Tal como lo expresa la historiografía uruguaya, la completa adaptación y definitiva caída de la ideología de la izquierda de los setenta no se da hasta la formación del Encuentro Progresista a principios de la década del 90. En términos generales esto es cierto, sin embargo el registro de un conjunto de

³² *Ibíd.* p. 78

³³ Me refiero, por ejemplo, a circunstancias de maltrato a adolescentes y otras atrocidades ocurridas hace poco en dependencias del Estado.

hechos y declaraciones públicas de algunos frenteamplistas, así como la controversia ideológica que provocará la ruptura del FA hacia las elecciones de 1989³⁴, enfocan el surgimiento de algo nuevo bastante antes.

El camino resultó demasiado empedrado, desde la propia salida de la dictadura, para aquellos agentes decididos a persistir o ser fieles a lo que pensaban en los sesenta y setenta. La renovación ideológica “democrática” se hace presente muy temprano con el amplio apoyo que reciben los sectores no marxistas del FA en los comicios de 1984. Es importante resaltar que ellos son los primeros agentes de cambio, de alguna manera catapultados por ese respaldo y la posterior atención que le otorgan los grandes medios de difusión masiva. Ese camino se prolonga después a la interna de los diferentes sectores frenteamplistas y particularmente en el Partido Comunista. Los conceptos que en principio, explícitamente fueron rechazados por buena parte de la izquierda tal vez porque provenían de quienes no tenían un pasado común socialista y revolucionario³⁵, fueron luego aceptados al ser esgrimidos por quienes sí cumplían esa condición. Por lo tanto, las razones de la adaptación progresista están prefiguradas bastante antes de los sucesos del 89, particularmente considerados catastróficos por la izquierda: la división del FA y el alejamiento de Batalla; la caída del “socialismo real” y el triunfo en el plebiscito de quienes apoyaron la impunidad de los militares y sus crímenes durante la dictadura³⁶. Creo que la atenuación de tales circunstancias el mismo año, por el buen

³⁴ Para dicha instancia, el grupo del Senador Batalla se escinde de la coalición y se une con el PDC concurriendo bajo el lema “Nuevo Espacio”, obteniendo algo más de 8% del total del sufragio, mientras el FA conservaría el anterior 21%. En períodos siguientes, el FA sumará aproximadamente un diez por ciento más en cada elección hasta 2004 cuando obtiene el gobierno con más de un 50%, porcentaje que, en líneas generales, conserva hasta hoy (ver www.frenteamplio.org.uy). Batalla terminará su carrera política regresando al Partido Colorado (de donde provenía al unirse al FA en 1971) El Nuevo Espacio, bajo la dirección de Rafael Michelini (hijo de Zelmara), se unirá de nuevo al Frente Amplio en 2004.

³⁵ Para ejemplificar esa primera resistencia transcribo palabras de Rodney Arismendi en 1985: “la idea de que el Frente debe ir a un proceso de “socialdemocratización” que predica la radio, la televisión, (...) ¡decimos que no! Sería desfigurar el poder del pueblo, hacia la revolución democrática, antiimperialista, y es integrado por fuerzas que quieren de verdad llegar al socialismo”. En Garcé, Adolfo, obra citada. (p. 113) La cita aunque parece afirmar una postura contraria a la “renovación” es sintomática de las dudas de la hora.

³⁶ El Presidente Julio María Sanguinetti promovió la sanción de la ley de “Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado” por la cual los crímenes cometidos por funcionarios de la dictadura podían no ser juzgados. Dicha ley fue ratificada en un referéndum promovido por sus adversarios y realizado ese año.

desempeño electoral del FA, conservando su caudal electoral y obteniendo la Intendencia de Montevideo, estimuló la completa adaptación al discurso único, no sólo por el ensayo nuevas formas de ser emisor y receptor de ideas ya contenidas en el centro político, sino por la demostración palpable (cuantificable) de que ese diálogo resultaba fructífero.

Merece una especial consideración la campaña de los comunistas y sus aliados conformando la agrupación “Democracia Avanzada” con la que llega a ser mayoría dentro del Frente Amplio en esas elecciones de 1989. La estrategia fue combinar lo viejo y lo nuevo: unir un futuro socialismo con la actual democracia; unir el prestigio de los comunistas como verdaderos resistentes a la dictadura, con una renovación en el campo publicitario masivo. Los comunistas aparecieron de una forma antes impensada en la televisión, presentando un proyecto que sintetizaba la preocupación teórica de su secretario general, Rodney Arismendi, recogida antes por el “eurocomunismo” y luego por el “socialismo real” (a través de la “perestroika”): ¿cómo inyectar “democracia” en los procesos del socialismo? El Partido Comunista intentó una última fórmula para no perder su antigua identidad y –a la vez- obtener los mejores frutos posibles de una nueva: conservando una moderada retórica socialista renovó sus estrategias publicitarias masivas acordes a reafirmar el carisma de los candidatos. Cada vez más cerca de la política representativa tradicional pero más lejos del debate en el llano y de la reflexión política e ideológica, e inmediatamente después, perdiendo parte de sus militantes “de base”, resultaría difícil calificar ese proceso con el atributo de mayor democracia: “¡Paradoja!”³⁷

La destacada actuación de Germán Araújo, la otra “pata” de “Democracia Avanzada” nunca estuvo identificada con la revolución ni el socialismo sino como ejemplo ético de lucha por la democracia y defensa de los Derechos Humanos. Es sintomático, y propio de una clara discontinuidad

³⁷ Refiero aquí (con otro sentido) a la palabra que protagonizó la campaña publicitaria de los comunistas durante esas elecciones de 1989 en los grandes medios de comunicación, haciendo referencia a las inconsistencias argumentales de sus adversarios políticos.

histórica, que el mayor referente público (primer lugar en la lista al Senado de “Democracia Avanzada”) y el que más radicalidad parecía imprimir a su discurso acerca del pasado (denuncia de torturas y desapariciones), no comulgara –ni pareciera necesario que lo hiciera- con las mismas ideas de las víctimas.

Los argumentos renovadores colaboraron también, poco a poco, en estrechar la geografía de un antagonismo que poco a poco, dejaba atrás su versión más fuerte para adoptar una bastante más débil, abandonando la antigua perspectiva latinoamericanista o mundial y ubicando la nación como único espacio político posible. La izquierda comenzaba a mirarse en un espejo que devolvía una imagen demasiado condicionada y vulnerable: muy poco podríamos proponer (o inventar) desde un país “tan perdido y tan chiquito que en el mapa no se ve”.³⁸ Esta perspectiva se adoptaba además –vale la pena recordarlo- en circunstancias en que se producía un cambio importante de la función que los estados nacionales asumirían –de allí en más- en la configuración global a favor del capital transnacional³⁹.

A partir de estos grandes trazos existe un conjunto de problemas, formando una especie de constelación con lo anterior, que colaboraron para atar la izquierda a la renovación. Cada agente político, ahora en competencia electoral, debía asumir no menos devoción y fidelidad democrática que sus adversarios y tal cosa incluía, irremediablemente, al pasado. En ese sentido, el debate asumía algunas aristas que la izquierda –durante este período- debía minimizar o directamente ocultar. La primera es una constante e incriminadora referencia pública que hacía la derecha a un copioso archivo histórico donde la democracia aparecía claramente denostada por la izquierda. Por otro lado, algo que precipita el comienzo del fin del liderazgo comunista en el FA, la palabra

³⁸ Versos de la canción “A la ciudad de Montevideo” del uruguayo Daniel Amaro.

³⁹ Según plantea Bob Jessop en *El futuro del estado capitalista*, (Madrid, Catarata, 2009) poco a poco se imponía la transformación de los estados reforzando el carácter de “agente” del capital; la producción cede la prioridad al consumo, el trabajo alcanza su único destino como “recurso” del capital y ya no puede concebirse la economía nacional más allá de las necesidades globales del capital transnacional.

“dictadura” –como “dictadura del proletariado”- era inseparable de sus propios orígenes. Aceptada la vulgarización de lo teórico y lo ideológico que proponía el discurso único, aquel concepto –por cierto que complejo-, solo podía alcanzar el pináculo de su abordaje a través los medios masivos de comunicación; debía ser allí (y sólo allí) donde se dirimieran las posibilidades electorales de los argumentos políticos⁴⁰. Si la cuestión principal pasa a ser la conquista de los votos, toda nota inarmónica –aun cuando ella podían fecharse en el pasado- provocaron en la izquierda de aquel entonces dos actitudes distintas, ambas excluyentes de sus antiguas concepciones: el “barrer bajo la alfombra” (“no es el momento ni la oportunidad de hablar del tema”) que denotaba una imposibilidad de articular el discurso interno con el discurso público; o directamente, el ascenso de una “renovación ideológica” explícita (plenamente negadora de las concepciones socialistas y revolucionarias) que –tal como apareció en el propio Partido Comunista- terminó socavando su identidad ideológica y provocando –luego de una división irreconciliable entre dos tendencias- el abandono masivo de buena parte de su militancia “de base” (tal vez la mayor que haya tenido una organización política de izquierda en la historia uruguaya). En otro orden, sin duda menor, los comunistas debieron enfrentar su antigua y difícil interpretación de la emisión de los comunicados 4 y 7 de las FFAA en febrero de 1973⁴¹, adjudicándoles una intención nacionalista –de tipo “peruanista”, pero claramente “no demócratas” para toda revisión histórica posterior.

Una perspectiva distinta, de mayor exclusión del campo político de aquella época, enfrentaría la otra vertiente, la “izquierda revolucionaria”, sobre todo la representada por el MLN y sus seguidores, debido a que su protagonismo parecía remitir al propio origen de la dictadura, sobre todo de

⁴⁰ Fue el líder comunista Jaime Pérez que instala esta discusión en una entrevista televisiva antes incluso que en la interna de su partido. Ver: Adolfo Garcé: *La política de la fe*, Montevideo, Fin de Siglo, 2012, p.137

⁴¹ En esa instancia, las FFAA, tras rechazar la designación del nuevo Ministro de Defensa por parte del Poder Ejecutivo, emitieron algunos comunicados donde se combinaban ideas de corte nacionalista con fuertes amenazas anticomunistas.

acuerdo a la teoría “de los dos demonios”⁴². Más allá de la fuerza del discurso único, los errores políticos del MLN otorgaban un flanco demasiado débil a la trayectoria histórica de dicha organización que rozaba, como ninguna otra, aspectos de carácter ético, ampliamente condenables, incluso desde perspectivas socialistas o revolucionarias. Por ejemplo: ¿cómo justificar públicamente el asesinato de personas indefensas o la connivencia con los militares para obtener información de delitos económicos por medio de la tortura?⁴³

Ambas vertientes de la izquierda culminan unidas en el Frente Amplio en 1989. De allí en más, parecieron esfumarse las diferencias ideológicas o visiones acerca del pasado reciente; la condición democrática representativa y la lucha electoral comienzan a totalizar la política y los representantes de la izquierda deciden no hablar del pasado reciente sino superficial o míticamente, como un medio más para la conquista o la conservación de votos. El Encuentro Progresista, en los 90, sustituye la anterior lucha ideológica por la lucha electoral, la conformación de alianzas cuantificables en votos solventando el definitivo entierro de las cuentas pendientes. El discurso de la antigua izquierda no contó con las herramientas capaces de articular su experiencia con los nuevos desafíos del presente, marcados por el auge neoliberal, la alta valoración de la democracia representativa y una visión hegemónica sobre el pasado que culpaba –por igual a toda la izquierda- de ser una causa importante de su pérdida.

VII) Dimensión trágica de la historia.

Los discursos que configuran las distintas “posiciones de sujeto” implican una dimensión emocional capaz de ser o no canalizada por ellos. Si la

⁴² Esta teoría, fuertemente sostenida hasta hoy por el ex presidente Sanguinetti, podría sintetizarse así: la dictadura fue la consecuencia de la decisión del MLN de combatir una democracia plena con las armas y la consecuente reacción desmedida –pero explicable- de las FFAA.

⁴³ Ver Aníbal Corti: “La brutalización de la política en la crisis de la democracia uruguaya”, en *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*. Comp. Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico, Jaime Jaffé, Montevideo, Trilce, 2003.

dictadura supuso el miedo y las diversas estrategias para vencerlo, las condiciones emocionales para que el discurso socialista y revolucionario se apagara estuvieron marcadas por el fracaso y diversas formas de culpa asociadas. En general emociones no verbalizadas o inconscientes pero formando parte de la peripecia más íntima de miles de militantes o adherentes de la vieja izquierda que recorrieron las cárceles, el insilio y el exilio uruguayo. Las motivaciones inconscientes tuvieron, durante la época pos-dictadura, la posibilidad de regresar fantasmáticamente en los discursos políticos, en búsqueda de expresión y alivio.

Antihéroes sobrevivientes de una épica que exigía “patria o muerte”; teóricos fracasados de una revolución “a la vuelta de la esquina”; violentos que ayudaron a precipitar la pérdida de los derechos para todos; abnegados luchadores ahora dispuestos a vivir una vida tranquila y “burguesa”; exiliados políticos finalmente adoptando los discursos solidarios de los organismos internacionales ajenos a su experiencia e ideología⁴⁴; testigos en el insilio con autopercepciones que rozaban la complicidad con el horror por no estar dispuestos a correr riesgos... Claro que hablamos de tragedia, porque eso fue lo que ocurrió. No asumir esa perspectiva contiene un error imperdonable para el historiador y para el político. Nada puede explicarse cabalmente sin tomar en cuenta esa dimensión trágica que, sin dudas, dejó más rastros profundos e insondables que registros estadísticos. Todos los personajes de la tragedia, (y especialmente los que he mencionado), fueron agentes dispuestos a expiar culpas, y como éstas se habían generado en disputas políticas, debían resolverse también en ese plano.

Reflexiones como ésta atienden a la experiencia vital –humana- de la agencia revolucionaria y socialista, pero también a la experiencia de la comunidad nacional, ya que una cosa es inseparable de la otra. Nadie que haya vivido los 12 años de dictadura en Uruguay (país de cercanías, si los hay)

⁴⁴ Esta idea la desarrolla Vania Markarian en su artículo ya citado: “De la lógica revolucionaria a las razones humanitarias: la izquierda en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1972-1976)” en Cuadernos del CLAEH, No. 89, Montevideo, 2004

puede decir que su vida transcurrió ajena a la tortura, la desaparición de personas, y la larga lista de arbitrariedades cometidas por el régimen. Nos dice el psicólogo Marcelo Viñar:

“Durante un período de terror político, la representación consensual más fácilmente admitida es que hay víctimas y victimarios, perseguidores y perseguidos, y espectadores sensibles o no concernidos. Lo que tiene como desenlace lógico en un tiempo ulterior el que haya una sociedad escindida entre los indemnes y afectados. Las consecuencias de esta visión simplificada y falsa, que impide tramitar conflictos y rencores, que oblitera el trabajo de la memoria y la elaboración de proyectos colectivos de futuro, es de enormes consecuencias y es lo que nosotros llamamos “fracturas de memoria”. Tenemos la certeza de que el período de terror político (el Nazismo, las guerras, dictaduras militares) es decir, situaciones catastróficas creadas por el hombre, tienen efectos en toda la comunidad, que la división o dicotomía entre comunidad indemne y afectada es una apariencia ilusoria.”⁴⁵

Viñar tiene razón al proponer otra forma de abordar el problema; sin embargo, en el dominio público-mediático, en el que la política ya se ha instalado con comodidad, sólo cabe la sentencia acusatoria o la plena absolución. Interpretando lo sucedido de acuerdo al autor, al “tiempo ulterior” corresponde, sin dudas, un gesto moral de separar lo bueno de lo malo. Ello puede hacerse por dos vías: como “afectado”, si puede demostrar haber cumplido el bien y por lo tanto, ubicar a otros actores en el dominio del mal, o como “indemne”, ajeno a un conflicto del que no participó. Habría que agregar: imposible esperar de grandes mayorías una autorreflexión ajustada de lo que cada uno hizo en el pasado que iluminara responsabilidades no asumidas. ¿Quién dirime los hechos? ¿Hay un juez? Desde mi perspectiva, tal función correspondió, en gran medida, a los líderes políticos a través de los medios de comunicación masiva. La conciencia moral remite a ciertos acuerdos dialógicos

⁴⁵ Viñar, Maren y Marecelo, *Fracturas de memoria*, Montevideo, Trilce, 1993, p. 53

pautados por relaciones de poder, por los que cada quien busca – naturalmente, por así decirlo- verse “afectado” positivamente o simplemente “indemne”. Pero al hacerlo, el líder político espera su contraparte: poner de su lado a todo a quien que resultara complacido o convencido de su veredicto. El debate no implicó –salvo excepciones- una reflexión profunda y necesariamente colectiva, sino más bien un acomodamiento a las lógicas discursivas dominantes –es decir, políticas y mediáticas-. Dentro de la oferta pública exhibida, “la teoría de los dos demonios” resultó una excelente candidata ya que culpando a tupamaros y algunos –no todos- los militares, la inmensa mayoría del pueblo quedaba indemne. Sin embargo, al ser esgrimida desde la derecha con la intención de absolver la agencia autoritaria de los partidos tradicionales previa al golpe, debió ser contrapuesta a otra que terminó, poco a poco, desarrollando el Progresismo. Este discurso centra a la izquierda –y por lo tanto al Encuentro Progresista, Frente Amplio- en primera fila de la lucha por el restablecimiento de la democracia representativa y a la mayoría del pueblo como víctima de un proceso autoritario y convulsivo que incluyó, además, ineficacia administrativa desde el Estado para solucionar la crisis económica. Por esa vía -de una forma casi nunca explícita ya que hay allí identidades y votos que también cuentan- la nueva izquierda minimiza y oculta sus antecedentes más complicados (radicales y no democráticos y a la vez socialistas y revolucionarios) y adjudica un carácter inocente a la gran mayoría de los ciudadanos, aún aquellos –por cierto, no pocos- que apoyaron y sustentaron el terror político: es decir, transforma a todos sus posibles electores en héroes o resistentes.

Tras esos dos discursos, por la mediación de la autoridad política, los ciudadanos adquieren su imposible condición de “indemne” y el pasado puede sepultarse proporcionando a unos y a otros aquella versión de los hechos que mejor los represente (en el mejor sentido de “presentar en lugar de”). Por lo tanto, el triunfo de la “democracia representativa” se afirmó también a través de una necesidad, íntima, psicológica, con el propósito –en general bastante inconsciente- de olvidar y negar la tragedia.

La experiencia vital de socialistas y revolucionarios de los años setenta está signada por demasiadas historias trágicas de sujetos dispuestos a olvidar. Tal “puzle” vital, tan desigualmente pautado por renunciaciones o traiciones como por heroísmo o “firmeza ideológica” fue imposible de sostener y revitalizar. Se disolvía un sujeto político, o mejor dicho, su posible lugar discursivo para dar paso a otro, muy distinto, con el que apenas mantendrá “un parecido de familia”.

VIII) Hasta ahora

El discurso único que se instala en los años pos-dictadura destaca el carácter profesional y técnico de los administradores del Estado, así como cierta imposibilidad del pueblo de tratar sus asuntos. La plena aceptación de la democracia representativa, por parte de la izquierda, divide a sus partidarios – de forma cada vez más clara- entre dirigentes y simples votantes; entre carreras políticas de prestigio y ciudadanos-votantes sin iniciativa. Ese contraste resultará obvio –y fuente de conflicto- sobre todo para aquellos que aún recuerdan los grados superiores de participación y debate ideológico que generaba la antigua izquierda.

Tras “la salida democrática” (así unánimemente evocada), la izquierda denota una gran incapacidad para reflexionar sobre su experiencia política anterior, y menos aún, de reivindicar la justicia de sus luchas. El auge neoliberal en el mundo y el papel predominante que asume el Estado, como agente de pacificación y reorganizador de la vida, permea toda la actividad política, determinando también el futuro de la izquierda.

El antagonismo de los sesenta y los setenta estaba marcado por la lucha de clases y visiones universalistas, totalidades especialmente influidas por el conflicto global entre capitalismo y socialismo. El capitalismo tiene una historia común, institucional, con la democracia representativa y la profesionalización

del político, sin que ello impida a los sectores dominantes, instalar “estados de excepción” toda vez que lo crean necesario. Por su parte, la izquierda de aquella época relativizó el significado de la “democracia” (es decir, convirtiéndolo en cuestión política) bastante más allá de lo institucional.

Al fracasar el proyecto socialista y revolucionario y develarse errónea la percepción de aceleración histórica para el período, la izquierda, con demasiadas cuentas pendientes no asumidas y dificultades para enunciar lo sucedido, no estuvo en condiciones de establecer alguna forma de continuidad lógica y dialógica con un pasado al que había entregado sus mejores reservas de participación, utopía y lucha por justicia social. Sabemos que de una manera u otra, esas reservas aún perviven (y las reconozco en lo que escribo).

Se impuso el cumplimiento de un nuevo imperativo realista (de adaptación) a condiciones económicas y políticas creadas por el neoliberalismo y la derecha. Pareció abrirse una puerta demasiado grande como para desestimar la posibilidad de hacer “algo concreto”. Sin embargo eso parece demasiado poco en tanto retornan válidas las aspiraciones más radicales y de largo aliento de la vieja izquierda y se desbrozan las condiciones de posibilidad que tuvo la renovación para su emergencia como sujeto político.

La vieja izquierda, caracterizada por un equilibrio inestable entre dirigentes y dirigidos por la acción de una amplia participación de militantes, derivó –luego de la renovación- en creciente separación: por un lado, dirigentes dispuestos a dar una lucha por espacios de poder en el Estado, y por otro, dirigidos que, cada vez más, sólo podrían optar por el carisma desideologizado del político para ser “representados”. Al aceptar el imperio de tales formas de representación y del rol hegemónico del Estado, se disolvieron las prácticas de mayor participación y “democracia” a la interna de los sectores que integraban la izquierda.

Mientras la única “política” aceptada como tal se desarrollaba aislándose de los movimientos sociales, nuevas tendencias renovaban las luchas decididas a cuestionar toda unidad discursiva. La “nueva agenda de derechos”, construida en tiempos de retroceso de las luchas por la igualdad económica (y el socialismo), volvió “políticos” nuevos temas de índole “cultural”, “ambiental”, “de género” (o en general, relativos al “reconocimiento”), imponiendo una visión que segmentaba las luchas en lugar de unir las.

Desde mi punto de vista, orientar nuestro pensamiento hacia la universalidad no deriva de reproducir la cultura occidental (tal como reiteradamente se ha propuesto), sino de una tendencia humana, elemental, de procesar prácticas vitales y datos siempre diversos, de acuerdo a algún plan de “vida buena” que toda cultura propone. Podemos esperar, entonces, el surgimiento de una futura capacidad articuladora entre las diversas luchas por la igualdad, ya sean de carácter económico, étnico, de género, ecológicas, etc. y la creación de una nueva praxis revolucionaria opuesta a la actual hegemonía cultural. La lucha, entonces, está inscripta, no sólo a nivel del Estado y la futura creación de una nueva posición de sujeto en relación a él (cuya denominación –para el caso uruguayo- será la de Frente Amplio o cualquier otra), sino también sobre un horizonte cultural reclamando la participación activa de todos y todos los días, tras una radicalidad que demandará más “democracia”.

El imperialismo (o “el imperio”), las clases sociales, la exclusión, la desigualdad nunca imaginada, nos interpela tanto un discurso de izquierda que ahora ya no trata esos problemas (como sí lo hacía antes) como cuestiones políticas sino epistémicas o administrativas. La “vieja izquierda” debe ser recuperada desde esa perspectiva general, considerando críticamente sus inmensos aportes. Esta reconstrucción hasta ahora parece bloqueada, ya sea porque sus restos aún activos no han podido romper los moldes del marxismo ortodoxo (a los que une cierta esterilidad nostálgica), o porque aún predomina la visión “renovadora” procesada al influjo de las exigencias que planteó la

derecha y el neoliberalismo, en torno a la democracia representativa como la única forma posible de democracia. O seguramente, por ambas cosas a la vez.

Bibliografía

- ALDRIGHI, Clara, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo, Trilce, 2001
- ARISMENDI, Rodney, *Lenin, la revolución y América Latina*. Montevideo, Pueblos Unidos, 1970
- DEMASI, Carlos, MARCHESI Aldo, MARKARIÁN Vania, RICO Álvaro, YAFFÉ Jaime, *La dictadura Civico- Militar*, Montevideo, Banda Oriental, 2009.
- FERRÉ, METOL, “Elecciones, tripartidismo y bipolaridad”, entrevista de Carlos Vargas a Alberto Methol Ferré. Montevideo, *Cuadernos de Marcha*. Tercera época, Año IX, nº 100, diciembre de 1994.
- GARCÉ, Adolfo, *La política de la fe*, Montevideo, Fin de Siglo, 2012.
- LEIBNER, Gerardo, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas en Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011
- MARCHESI, Aldo, MARKARIÁN, Vania, RICO, Álvaro, YAFFÉ, Jaime, *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2003.
- LACLAU, Ernesto, MOUFFE, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- MENENDEZ-CARRIÓN, Amparo, *Memorias de Ciudadanía. Los avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya*, Montevideo, Fin de Siglo, 2015
- RANCIÈRE, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*. Argentina, Nueva Visión, 1996.
- REY TRISTÁN, Eduardo, *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973*. Montevideo, Fin de Siglo, 2006

RICO, Álvaro, *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura*, Montevideo, Trilce, 2005.

VIÑAR, Maren y Marecelo, *Fracturas de memoria*, Montevideo, Trilce, 1993

YAFFÉ, Jaime, *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*. Instituto de Ciencia Política. Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República, 2005

YAFFÉ, Jaime, Marchessi, Aldo: "La violencia bajo la lupa. Una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta" *Revista Uruguaya de Ciencia Política* - Vol. 19 N°1 - ICP – Montevideo